

Registro: _____
 apellido: _____
 hora de ingreso: _____
 asunto: _____
 color de ropa: _____

15 horas 45. Registro: apellido, hora de ingreso, asunto, color de ropa. Entré vestida de color café oscuro. Entré con un cigarro en la mano.

“Ya no nos dicen ‘celadoras’ sino vigilantes” —reclaman de entrada las dos muchachas que atienden el registro. En el pasillo, todo parece normal, hasta bonito este fresco con un león y algunos otros animales de la jungla. Todo lo demás azul y blanco. Azul las puertas, las escaleras, las rejas. Blancas las paredes. Opacos los cristales, arriba, muy arriba, empañados por la lluvia, afuera. La señalización, escaleras, baños, etc., se parece a la de los aeropuertos, a la del metro, de las oficinas públicas, especialmente diseñada para analfabetos. Esperamos, pegados a la puerta central, con temor a andar fuera de las reglas. Estamos adentro, habrá reglas de conducta, incluso para nosotros.

“Aún no hemos comido, la comida estaba apestosa, nos esperamos”, grita una de las celadoras a una mujer que se asoma en el pasillo superior. Levanto la cabeza: dos mujeres viéndonos —otras vigilantes. Arriba, abajo, mirada circular, por todos lados nos ven—.

Hay cierta familiaridad que me sorprende en los diálogos, este sabor conocido a la comida diaria que huele mal —“a veces la carne apesta, por eso no nos gusta comer la comida de las presas”—. Algunos hombres van y vienen con gran indiferencia. Eso es, la indiferencia de estar aquí todos los días, la no-diferencia entre los días. la lluvia sigue empañando los cristales, allí arriba.

“¿Tienes un cigarro?”

Apresuradamente saco la cajetilla “hasta eso que yo no fumo Marlboro”. Me callo.

“Ten cuidado con tu chal, te lo van a querer quitar”. Me río, saco otro cigarrillo. Pienso que ellas más bien me lo quitarían con todo gusto, ¿qué será adentro? Todavía puedo irme, no por el chal sino por la vergüenza de venir así, no más a ver.

“Pasen”. Hay que afirmar el paso, dar apariencia de la misma familiaridad-seguridad, sin conocer las vueltas, los pasillos. Ir rápido pero fijarse, mirar donde una puerta está abierta: éstas no son celdas, sólo oficinas con puertas de celdas. Puertas de hierro, azules. La última vuelta hasta llegar a esta reja de pesadilla: grande, alta, apretada, azul. Llego al auditorio, cualquiera, de CCH, de Universidad, ninguna diferencia. Están sentadas algunas presas, juntas, en grupitos, charlando, tejiendo, con hijos, con un mango en la mano, con tubos en la cabeza, con bolsas de super a los pies. Rápida la mirada, no son muchas. Siento que me siguen con la mirada hasta que llego a la primera fila para reunirme con la actriz de la obra. “El caso Oppenheimer”, la historia de un juicio macartista, el juicio al inventor de la bomba atómica, no cualquier juicio. Me pongo a hablar con Graciela, de sus memorias que está escribiendo, miro su cara linda acentuada por el maquillaje de escena, linda. Tampoco ella mira hacia atrás. Hay un calor húmedo que fastidia el ambiente, satura. Graciela se levanta, la obra va a empezar pronto. Me quedo sola en esta primera fila, otra vez apartada. No debo esperar más, si no: me

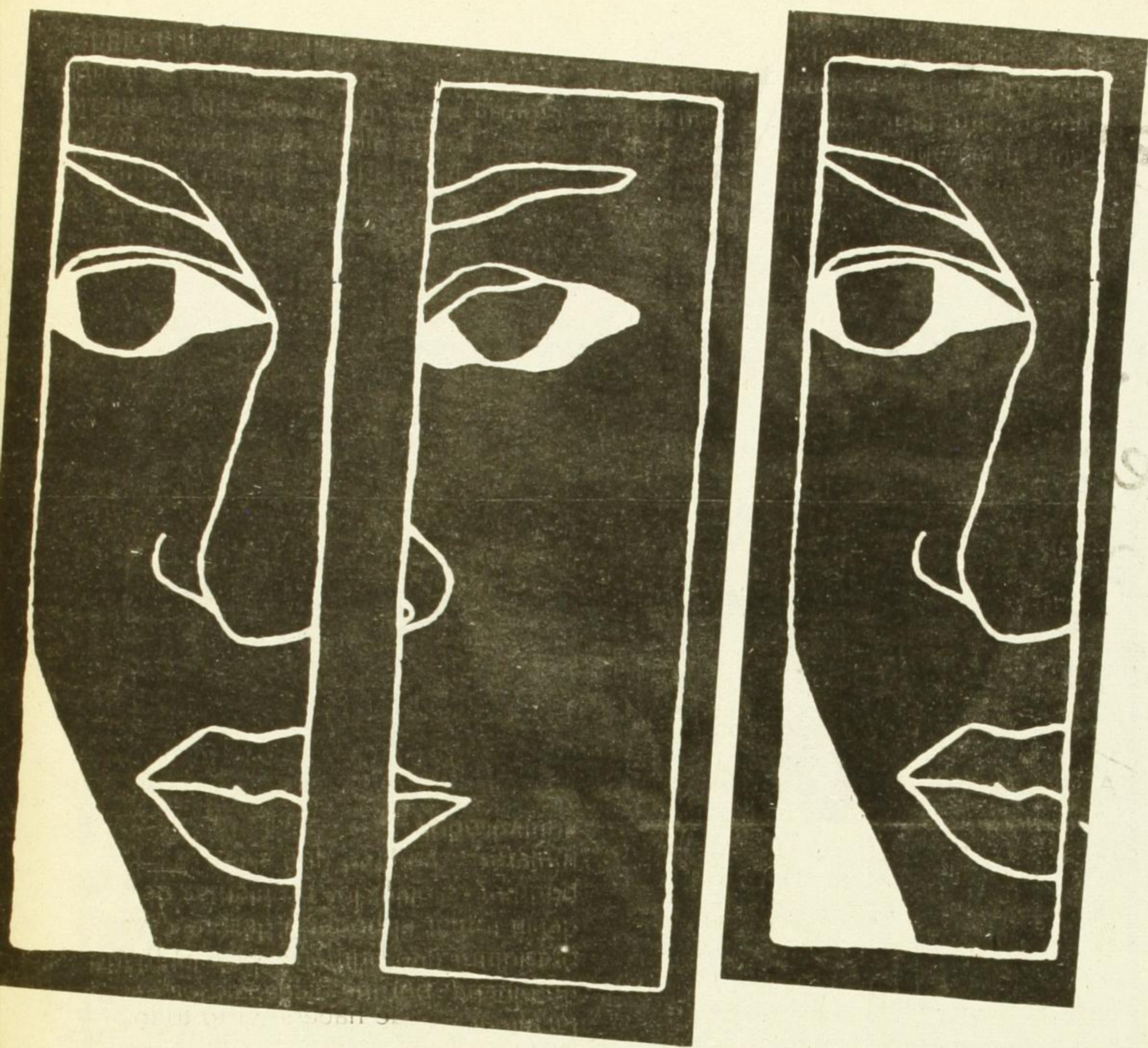
acongojo, me avergüenzo, me siento mirona.

“¿Usted va a actuar en la obra?”, ¿Qué hago aquí entonces? Invento una mentira. Estoy rodeada, me senté en la segunda fila, entusiasta, con la risa a cada rato, risa nerviosa de saberlo todo, de haberlo visto todo antes.

María Dolores: “Tenemos poquito aquí, no más quince días. Bajamos de observación. Es la primera vez que salimos de la celda. Mi compañera está triste”. Cara redonda, pelo negro, liso, ojos llenos de lágrimas, ojeras hinchadas, tenis, sweater blanco, pantalón de mezclilla azul.

“Yo estoy aquí por la salud”. Me siento ridícula si pido explicaciones, más explicaciones. “La marihuana, pues”. Bromas sobre los efectos benéficos de la marihuana en el cuerpo humano. “Me golpearon mucho, pero mucho, pensé que iba a abortar. Me curaron aquí. Tengo cuatro meses de embarazo”. Interrumpió el gesto de pelar el mango para comérselo. Presto mucha atención a lo que me dice. Todas tienen un mango, el postre de la comida. “A las mujeres las golpean igual que a los hombres. Mi abogado me dijo que saldría en un mes pero no lo creo y apenas llevo quince días adentro”. A María Dolores le faltan dientes en la parte superior derecha de la boca, apenas entiendo lo que me dice pero no me atrevo a pedirle que lo repita. Entendí lo esencial. Miro a Rosalía, ella tiene la mirada fija, ¿se divertirá con la obra?

Primera llamada. “¿Nos podemos sentar en la primera fila?” La sensación de dar autorizaciones, soy



de afuera: me deben pedir autorización, al menos es esa la sensación.

“A mí también el abogado me había dicho lo mismo pero ya llevo nueve años y no me va a creer por qué. A mi hijo lo querían matar, una pandilla allí en la vecindad. Entonces tomé una pistola (¿cuál pistola?) y le disparé a uno en el brazo. Ya anda bien pero a mí no me dejan salir”. Ella es la que más habla, la más segura, la más acostumbrada. ¿Se puede llegar a la costumbre?

Segunda llamada. “Yo también estoy aquí por marihuana. Me pescaron en la calle fumando y me dieron nueve años. ¿Apelación? Sí, me dieron cuatro meses más”. De lejos se ve guapa; cuando se sienta veo un peine enganchado en su espalda, en la cintura del pantalón. Es cierto, tiene lindo pelo, largo, rojizo, brillante. Se debe peinar mucho mientras pasa el tiempo, mientras pasan sus nueve años y cuatro meses. También está pintada, ¿para quién? para la dignidad, seguramente, para las demás que son el único espejo entre estas rejas. Podría llamarse Virginia o algo así, ya no pregunto más, basta con pasar lista tres o cuatro veces al día. “Nos cuentan a menudo”. ¿Posibilidad de escapar? ¿Me arriesgaría o haría

méritos?

Tercera llamada, empezamos. La sala está llenísima, de todas edades, de muchas caras, de todos colores, con niños —muchos, demasiados para aquí— con radios, tejidos, bolsas, mangos, paletas, refrescos. El calor crece, calor húmedo, encerrado, empapado. Al fondo, la reja inmensa, al frente el escenario: casi se olvida de la reja si uno mira al frente. ¿Se podrá llegar a la sensación de estar en un teatro, un auditorio cualquiera? Quizás la visión lo permita pero los ruidos, no. Se expande este eco de las rejas que se abren y se cierran, pesado eco, profundo, ronco, con algunos rechinidos. Rosalía vuelve a acomodarse en su silla. No mira hacia atrás ni hacia mí, ni hacia las demás: mirada perdida, mirada topada con una pared, con algo que jamás se abre desde hace quince días. ¿Las lágrimas le vendrán de fijar demasiado la mirada? No llega a acomodarse pero los actores entran a escena, se aquieta, suspira.

Intermedio: “Está bien la obra, es la primera vez que veo una obra así, seria, actuada por profesionales”. ¿Te gusta, María Dolores? “Este tipo sabe defenderse, no es como uno, después de los golpes les dije que confesaría todo lo que quisieran. En el juicio ni la escuchan a uno”.

Obra larga que habla de gringos, de bombas, de descubrimientos científicos, de energía nuclear a bajo costo, de espíritu de la ciencia, de dignidad, de escrúpulos morales... ¿Hiroshima? 70 000 muertas, aquí apenas 400 presas. El coro de las presas sale a cantar esta noche a la Sala Chopin: blusa blanca, falda beige, uniforme de corc, uniforme de adentro, uniforme.

“Las extranjeras están aquí por coca, las mexicanas por marihuana”.

“Aquí estamos mi mamá, mi hermana y yo, mi papá y mi hermano están en la de hombres. También me pude traer a mi niña. No, la comida no está mal, a final de cuentas nos dan de comer el gobierno y los evangelistas, no hay que quejarse. No debemos quejarnos”. Una sonrisa amplia: ¿me tomará por alguna autoridad, soplona que quiere marcarla? ¿Sanciones?

Aparentemente, no. “No, no nos tratan mal. Los hombres que trabajan aquí no nos molestan” Menos mal.

Rosalía quiere sonreír, le sale mal, le sale feo, le sale como si tragara puré de papa podrida. El calor se volvió más turbio. El humo no sale. Queda en los ojos, en la ropa, en el pelo. Virginia sacude su hermoso pelo. ¿Virginia? Su cabeza descansa en el hombro de su vecina, la mayor, la de más tiempo aquí adentro. Es como una mamá.

Se preguntan entre sí números de celda, con quién estás, 6 ú 8 por celda, familias, hermanas. Me doy la vuelta para no estorbar esas cuantas palabras no vigiladas. Algunas se han dormido. Una muchacha de cara indígena, rasgos toscos, duerme con su radio en la panza, su tesoro. Sólo se despertará para las canciones rancheras que vendrán al final, no de la obra, sino como suplemento, una cosita de más, demás ligera. Muchas tejen impávidas levantando de vez en cuando la cabeza cuando sube el tono, enfrente, en la obra.

Se termina el teatro. Rosalía ha olvidado un poco sus lágrimas, respira un poco más ligero. Voltea a verme. ¿Paletas? Sí, en el comedor. Tengo una rebaja en el precio anunciado.

Ya nos vamos. ¿Qué desear para el futuro? María Dolores, ¿tu hija nacerá aquí en la cárcel? “Espero que ya habré salido. Mi abogado me dijo, quizás, para abril o para mayo...”

Cárcel de Mujeres, Santa Marta Acatitla, México, D.F.

22 de junio.

Hora de salida: 18 horas 50